

DEMOCRACIA, IDEOLOGÍAS TOTALITARIAS Y DERECHOS HUMANOS

Javier Sádaba

Filósofo y escritor

Voy a hablar de la extrema derecha, la ideología y la moral. Voy a hablar como creo que hay que hablar, con toda la libertad y el respeto del mundo. Previamente, haré una mínima introducción para pasar luego a estas tres partes que les he comentado.

Voy a decir unas palabras iniciales sobre los derechos humanos. Si bien es verdad que la expresión *derechos humanos* es de dominio público y se usa como comodín o medalla en el discurso político habitual, en la vida académica —y, en parte, hablo desde ella— las cosas son más complicadas. Algunos, y pienso en algún autor reciente, afirman que la idea de derechos humanos es un sinsentido. Otros creen que su justificación es imposible. Creo que los dos se equivocan, pero, en cualquier caso, sí que hay dos tendencias o escuelas que entienden los derechos humanos de manera distinta. Efectivamente, los defensores de los principios, que suelen llamarse deontologistas, en cualquier situación moral creen que los derechos humanos son derechos básicos, pertenecientes a las personas y que han de prevalecer ante cualquier otra circunstancia. En el extremo opuesto, los denominados utilitaristas, opinan que los derechos humanos son instrumentales. Es decir, que son medios para obtener los fines deseables. Las cosas se mantendrían en una mera disputa académica más divertida o más aburrida (sospecho que, tratándose de la academia, tendería al aburrimiento) si la realidad no fuera tan cruel. Imaginemos —y perdonen que recurra a un ejemplo tan poco original— que un malvado va a volar con una bomba un colegio de niños. Si le torturamos y nos revela donde se encuentra la bomba, salvaremos a los pobres niños. En caso contrario, volarán por los aires a causa de una acción perversa. Si el defensor de los principios lleva hasta el final su concepción de un derecho inalienable y aplicable a santos o perversos, los niños desaparecerán de este mundo con dolor propio y ajeno. Y si le torturamos, tendremos que conceder, por el contrario, que es posible pisotear este o cualquier otro derecho —en nuestro caso, el de la persona violada por la tortura— en función de un bien superior. Quiero que quede clara mi opción desde el principio. Me inclino más por la postura defensora de los derechos (llamada deontológica), derechos como valores intrínsecos que nos hemos ido concediendo los humanos a lo largo de nuestras interacciones históricas, pero añado inmediatamente que el deontologismo (o principialismo) rígido es insostenible. En no pocas ocasiones, los derechos chocan entre sí y no hay más remedio que decidirse después de ponderar todos los datos para escoger lo menos malo. Es lo que en filosofía moral se llama *prima facie*, a primera vista hay que hacer esto, pero, tal vez, habría que haber excepciones. De aquí que, sin apuntarme a voluntario para torturar al malvado, creo que hay razones que restringen sus derechos de inviolabilidad personal, por lo que me sería difícil mover muchos dedos (o muchas manos) para defenderle. Lo digo con muchas restricciones y con las precauciones necesarias. Debemos tener cuida-

do para que las reglas —como habitualmente sucede— no se conviertan en principios; o para que la tortura —que según Amnistía Internacional, es algo que ocurre prácticamente en todos los países del mundo— no ocurra ante el cinismo general; o que ocurran cosas como lo sucedido en Chechenia. No digo que sea fácil, pero ha habido miles de alabanzas hacia el estado soviético, cosa que me parece descarada, y muy poco se ha dicho respecto a los derechos de los chechenos.

¿Por qué he comenzado por la confrontación entre estas dos posturas, ya conocidas, de las escuelas morales? Yo creo que porque tocan lo más nuclear de nuestro modo de ser. Son como dos tendencias que llevamos, al igual que los amores compartidos, en el alma. Y el reconocimiento de esta escisión es fundamental a la hora de enfrentarnos con el conjunto de los problemas que nos rodean, y al final volveré sobre ello.

Una vez hecha esta precisión —y ahorrándoles la difícil tarea de fundamentar los derechos humanos—, paso a hablar del totalitarismo y la extrema derecha. Para hablar de extrema derecha hemos de suponer que aún tiene sentido referirnos a la derecha y a la izquierda. Sea como sea (yo no estoy muy de acuerdo), vamos a dar por buenas las clasificaciones o taxonomías, con un origen completamente casual, que, de forma más o menos clásica, operan como ahora explicaré. Digo «menos clásica» porque autores como Giddens o Bobbio han dedicado libros a la derecha y a la izquierda. En esta taxonomía o clasificación clásica se opera de la manera siguiente (muy intuitiva y elemental): a lo largo de un segmento se irían colocando desde lo más conservador a lo más progresista. En este caso, la extrema derecha se encontraría en uno de los extremos del segmento, que se supone que es el más conservador. Y esa extrema derecha que ha variado en su contenido según las circunstancias históricas y culturales posee, como uno de sus rasgos distintivos, el totalitarismo. Es decir, la negación, entre otras cosas, de la democracia. Si ahora echamos un vistazo a la vieja Europa, nos encontramos con que la extrema derecha abunda. Un sociólogo nos ofrecería datos y porcentajes bastante preocupantes en lo que atañe a su difusión por los países que, en principio, se consideran (relativamente) modelos democráticos. El triunfo (relativo) de Le Pen en Francia; de Fini, en Italia; de Haider, en Austria; y la más confusa lista de Pim Fortuyn en Holanda (donde hasta hace poco gobernaban con democristianos y liberales) son ejemplos al alcance de cualquiera. Añado, a modo de matiz, que no llamaría fundamentalistas, sin más, a los miembros de la extrema derecha. El fundamentalismo, expresión que se usa con excesiva alegría, surge en Estados Unidos a finales del siglo pasado y su sustancia es esencialmente religiosa. No niego que la actual extrema derecha posea ecos religiosos o una concepción del ser humano próxima a los viejos mitos que hacen de nosotros pobres criaturas pecadoras. A pesar de las semejanzas, creo, sin embargo, que en la extrema derecha domina un componente estrictamente político.

Piensa la extrema derecha que la democracia es un fracaso, que la jerarquización está en la naturaleza humana (expresión a veces peligrosa en algunas bocas) y que la masa está hecha para obedecer. Permitidme un paréntesis: la idea de masa tiene dos significados, uno es defender la autonomía y la independencia de los individuos y tiene que

oponerse a la masa como algo que le absorbe. Pero, a veces, esta palabra, en manos de elitistas es peligrosa porque, en último término, significa desprecio a cualquier forma popular. Continúo con lo de antes. La pregunta inmediata es ésta: ¿Cuál es la razón de esa persistente presencia de la extrema derecha cuando, al menos teóricamente, la doctrina de los derechos humanos se ha extendido por el mundo como conquista irrenunciable? ¿Es que acaso la experiencia del fascismo de entreguerras permanece —una cosa tan ridícula hasta en el nombre (viene de *fascies*, la insignia del cónsul y uno se sorprende de que estos signos tuvieran tanta influencia)— y sus huellas se convierten pronto en pisadas? Es obvio que una respuesta detallada queda fuera de mi cometido y, probablemente, de la competencia que uno pueda tener en estos temas. Sin embargo, voy a intentar hacer una serie de observaciones en relación a ese desplazamiento fáctico descarado hacia posiciones conservadoras de buena parte de la vida sociopolítica de eso que llamamos Occidente. A mí me parece que se trata no tanto de un ascenso conservador sino de una simple pérdida de jugo, de sustancia democrática. Cuando hablo de democracia me refiero no sólo a la tradición liberal sino a la democracia como participación, previa deliberación. Es un hecho que la ciudadanía democrática es hoy cada vez más raquíca. Contrasta la abundante investigación, puramente teórica y más o menos minoritaria, sobre las formas de ordenar la convivencia. Piénsese en las repetitivas disputas académicas entre liberales y republicanos con la realidad cotidiana. Porque la realidad democrática, a mi modo de ver, es pobre e inerte, ajena a los debates sobre el poder político, resignada, escéptica ante cualquier cambio, miedosa, atenta a los vaivenes de la economía y sin ideales (o, por lo menos, con ideales mínimos).

A mí me parece que es la primera constatación. Sinceramente, la expongo aquí. Creo que la democracia decrece continuamente. La democracia funciona, como decía el clásico, como sumisión tolerada; ceremonia ritual de votaciones; alternancia sin alternativas; y desprecio ante quien ose proponer una transformación que vaya más allá de los tópicos generalizados. Nada digamos si, como escribió Chomsky, alguien se atreve a tocar los tabúes del Estado. Desaparece de la sociedad, como loco, o pasa al trastero de la marginación. La economía, por el contrario, lo domina casi todo. Una economía de modelo único, de pequeños retoques y dependiente de los grandes centros (quizás de uno solo) donde se decide la orientación del dinero. No es de extrañar que en este contexto haya desaparecido la figura del intelectual crítico e independiente —no me refiero al figurón o famoso, que ése, en España, da lecciones. Acordémonos de las disputas entre un Sastre y un Camus. Hoy serían impensables. Por el contrario, pensadores discretos han pasado a primer plano. Giddens asesora a Blair, y Beck nos continúa asustando sobre los riesgos que podemos correr en vez de animarnos a ser más responsables y menos timoratos. Entre paréntesis: ¿sería acaso posible un Chomsky en Europa? Finalmente, la ciudadanía —cómplice de la situación y desgarrada sólo en sus lamentaciones privadas, sin dirigir su mirada, en un tanto por ciento elevado, hacia los nuevos movimientos religiosos. En realidad, se trata de movimientos de autoayuda, de técnicas para evitar la depresión, llenar las horas de ocio o tensar un tanto el espíritu en medio del

aburrimento generalizado. Libros hay muchos; os recomiendo uno que acaba de salir y que tiene un título curioso: *Jesús en Disneylandia*.

Llegados a este punto, más de uno pensará que, en la breve exposición que acabo de hacer, he sido parcial y excesivamente negativo. Yo creo que, independientemente de que existan personas o grupos más resistentes, o que se empiece a delinear un movimiento esperanzador (como es el de la antiglobalización capitalista), la situación, desgraciadamente, y si soy sincero, creo que es como la descrita. Las causas pueden ser muchas, pero el mundo sociopolítico es así y no de otra manera. La derecha ha ganado. La derecha clásica dura, la que va en contra de la emancipación y contra la izquierda, está a punto de desaparecer. En este contexto, la extrema derecha no es sino una modulación de lo que sucede, no un estallido que rompa la historia. Por eso, la extrema derecha a la que me estoy refiriendo desde el principio no altera sino que completa el panorama de la democracia cada vez con menos sustancia y casi dormida.

Este es el primer punto que quería exponer, y ahora paso al segundo. He hablado de la extrema derecha, del contexto en el que se mueve y de la actitud de los individuos que conformamos el Estado. Cuando hablo, lo hago autocráticamente y en las críticas también me incluyo. Es obvio que en una situación como la descrita, los derechos humanos languidecen proporcionalmente, y esto nos lleva a la ideología que empapa el momento histórico que nos ha tocado en suerte vivir. Por *ideología* suelen entenderse dos cosas: una es la visión falsa de la realidad —que es la conocida tesis marxista—; la otra se limita a constatar el conjunto de creencias de un individuo, de un segmento, de una capa, o de una clase social. Yo me voy a fijar en este último significado de la ideología. En este sentido, lo que uno piensa, la red ideológica (como las redes neuronales) es como el humus, el sustrato de nuestro pensamiento, de nuestra acción. Es como el carburante que nos permite andar por la vida y estar despiertos. Es como una especie de antena, un olfato potente (si queremos recordar a Nietzsche) que nos orienta en este mundo y —al contrario de lo que decía María Zambrano cuando afirmaba que la ideología aprisiona el pensamiento— es el pensamiento hecho acción. Pues bien, pienso que es la ideología la que se ha resentido de todo lo que he estado exponiendo en la primera parte. Más aún, creo que la ideología de nuestra época, en su estamento dominante, se muestra orgullosa de no exhibir ideología alguna. Son bien conocidos los dos libros del americano Fukuyama; el último, que acaba de salir, se llama *El fin del hombre* y plantea muchos interrogantes respecto a lo que había dicho en su primer libro (*El fin de la historia*). Había hablado del final de la historia de la democracia occidental, cuando había pequeños islotes fundamentalistas. Ahora se ha asustado y ha visto que las nuevas biotecnologías podrían alterar lo que él cree que es la utilización de la idea de la naturaleza humana (en términos políticos) y ha empezado a tener miedo a cuestionar ese final de la historia. Como digo, son bien conocidos los dos libros, pero en el primero nos indica que no es necesario pensar más y mucha gente se lo ha tomado al pie de la letra. No habría necesidad, suponen, de movimiento hacia adelante, de dar sacudidas a la democracia para que no nos entontezcamos, de dar alternativas que nos mejoren, de extender el

bienestar, de respetar la dignidad que decimos poseer. Una ideología así es difícil que se muestre atenta a los derechos conquistados o a intentar que se materialicen sin quedarse en mera retórica. Dos palabras sobre los derechos en cuestión: los derechos humanos, como es bien sabido, tienen ya una larga historia, y su cristalización es el resultado de luchas que provienen de diversas tradiciones. Comenzaron con la revuelta liberal en contra de los residuos absolutistas medievales. Las reivindicaciones obreras, nacidas del marxismo, ampliaron los derechos civiles a otros campos y, finalmente, los derechos económicos y sociales han redondeado su concepto. Habría que añadir el conjunto de derechos que vienen motivados por las biotecnologías: los derechos del paciente, del enfermo, y todo lo que tiene que ver con la autonomía llevada hasta sus últimas consecuencias, en relación con la salud y con el enfermo. Estoy pensando en la eutanasia y en otros conceptos que, aunque son viejos, se van a remozar en función de los adelantos nada despreciables y que están redefiniendo incluso lo que somos nosotros dentro de nuestro cuerpo.

Volviendo a los derechos humanos, algunos los amplían tanto que dentro de poco va a ser difícil hacer un catálogo de ellos. Otros —es el caso del americano Walser, metido hoy, inexplicablemente, a defensor de Bush—, piensan que es mejor definir un pequeño conjunto de derechos para así defenderlos también mejor. No creo que sea eso lo más importante. Lo decisivo es la capacidad para hacer valer los derechos de los que se trate, y esa capacidad exige —como supuesto— fuerza, convicción y habilidad. Lo malo no es que se estén despreciando derechos más complejos (los llamados de la tercera generación o de las generaciones futuras) sino los más básicos, los de la primera generación. Pensemos en la libertad de expresión o en la libertad ideológica. Es humillante para cualquiera que tenga una conciencia despierta contemplar la imposibilidad de que los medios de comunicación promuevan imparcialmente una discusión argumentada sobre cualquiera de los temas que, en un momento dado, nos importan. Lo que no gusta se silencia, y de este modo muchas de las voces que hablan se reducen a ser pura propaganda o altavoces. Los ejemplos son abundantes y no me voy a detener en ellos porque cualquiera puede encontrarlos revolviendo en su imaginación. Es una pena que, si esto es así, muchos ciudadanos aparentemente demócratas y progresistas o callen o den por buena esta situación. En vez de exigir que nos presenten otras opciones, nos contentamos con que nos arrullen con los cuentos de siempre. Al final, uno tiene la impresión de que la ideología no sólo ha sido domada sino que el último tramo que recorre una ideología débil, sometida al imparable chaparrón de estímulos propagandísticos es el de la cara dura. Dicho de otra forma: a veces, más que retórica, lo que tenemos en la vida pública es descaro. Y cuando el descaro no recibe su castigo, promueve más descaro aún.

¿Cuál es el resultado de esta desideologización? Desde el punto de vista de la vida política, la desaparición de cualquier perfil que diferencie a un partido de otro. De esta forma, y como dice una frase que considero feliz: la democracia, al menos en Europa, se convierte en un partido único con dos laderas. Desde el punto de vista cívico,

un ambiente contagioso trae consigo la obediencia y la complicidad. Es curiosa la reacción de mucha gente que, después de abroncar en privado a los políticos hasta dejarles hechos un trapo, te miran con estupor si les dices que, en buena lógica, no tendrían que votar a nadie. Recuerdan estas actitudes, trasladadas ahora a los partidos políticos, a las que nos narraba el filósofo Feuerbach respecto a las religiones. Decía que no hay nada que desnude más a una religión mostrando todas sus vergüenzas que otra religión. Claro que la que ejerce de acusadora se cuidará mucho de reconocer sus defectos. Algo semejante sucede en la política reducida al descaro, a la cara dura. Un partido puede decir lo que le dé la gana contra otro partido y viceversa; el ciudadano, sin embargo, ha de cumplir el rito: apoyar a alguno de ellos y desahogarse después con los amigos. ¿Por qué? Porque la democracia, nos dice, «aunque mal, debe continuar». La respuesta así es falaz, esto no vale. Pero la respuesta sigue funcionando. De esta forma, los derechos humanos, sin una ideología convencida que los defienda, se pierden en el camino entre montones de palabras. Si es este el suelo ideológico, ¿es tan extraño que resuciten con tanta facilidad y profusión los movimientos de extrema derecha? No, no lo es. Es verdad que, en ocasiones, exageramos el poder de la extrema derecha afirmando, sin más, que la reacción ante el emigrante (cuando la inseguridad ciudadana aumenta) mostraría el racismo latente de la sociedad y, en consecuencia, una vigente ideología de los derechos de la extrema derecha negadora de los derechos humanos. Tal vez las cosas no sean tan simples y la gente se comporte de una forma un tanto esquizofrénica, tolerante en unos casos y totalitaria en otros. En el caso español, creo que el tema de los gitanos sigue siendo una asignatura a repensar. Hay dos libros recientes —uno de Eloy Martí y otro de Gonzalo Álvarez Chillida— sobre la fobia a los árabes y el antijudaísmo. En Estados Unidos habría que ver el racismo latente, como lo ha hecho —bastante bien— Juan Aranzadi en su libro *El escudo de Arquiloco*.

Volviendo a la ideología, sí que se puede sostener que una ideología débil, muy limitada y recortada, dependiente de lo que las instancias superiores manden y los medios de comunicación propongan está al borde del totalitarismo. Dicho de otra manera, es una ideología muerta, sin capacidad de reacción y poco (o nada) abierta a otras posibilidades. El eslogan «Otro mundo es posible», con su sencillez, da en la diana de esa ideología que anula o minimiza los derechos humanos, porque esta es una ideología según la cual sólo lo que realmente existe es posible. De esta manera, que África se muera de hambre, que la falta de cultura abarque a tres cuartas partes de la humanidad, o que la acción directa sobre el desarrollo de la política esté en manos de unos pocos, se convierte en algo intrascendente. Deberíamos tener unas Naciones Unidas reales y no de cartón, que bien se han encargado los estados poderosos de que no exista.

Una vez más se me puede acusar —y seguro que alguno lo hará— de parcial y exagerado. Más aún, algunos filósofos políticos —por no retrotraerme al recientemente homenajeado en su centenario, Karl Popper— se empeñan en decirnos que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que críticas como las que acabo de exponer, o son fruto del resentimiento o se resienten de ignorancia. De nuevo repito que no creo que haya

sido ni parcial ni exagerado. Más aún, pienso que reflejo una opinión o explícitamente compartida por mucha gente o sostenida implícitamente y que sólo en una ulterior deliberación sale a flote. Es cierto que hemos progresado en muchos aspectos, no sólo materialmente, sino en información, en bienes culturales, y hasta en lo que estoy hablando: en la protección de los derechos. Pero añado algo que me gustaría subrayar: si queremos ser sinceros, hemos de decir que somos más grandes, no que somos mejores. Y en cuanto a las estadísticas y colecciones de datos —estoy pensando en un teórico de la racionalidad como Gautier—, se puede contestar que nada hay más falso que una estadística a secas. En nuestro caso, dependen de una perspectiva completamente ideologizada. Es decir, parten de una postura decididamente favorable a lo que entendemos no ya por capitalismo sino por el más rancio espíritu pequeño burgués (capitalismo, liberalismo, ultraliberalismo...). Por cierto, Beck decía recientemente que no debemos hablar ya de neoliberalismo sino de totalitarismo.

Creo que si se vuelve a objetar que poseemos cosas positivas —piénsese, por ejemplo, en el recientemente inaugurado Tribunal Penal Internacional—, la respuesta es que existen elementos que pueden apuntar hacia la esperanza, eso es innegable. Sólo añado que no consiguen arrojar luz suficiente sobre la oscuridad de un mundo en el que el dinero, la imposición y la injusticia generalizada son todopoderosos. Y si no, recuerden la desgraciadamente inevitable guerra con Irak (más bien un bombardeo). Por encima de todo se olvida que si hoy debemos ser más críticos que nunca se debe a que hoy podemos más que nunca. Dicho de otra manera, y en términos del viejo Marcuse, la diferencia o abismo entre las posibilidades que tenemos y lo que realmente ocurre es espectacular. Podríamos dar de comer a unos quince mil millones de personas en un mundo que no llega ni a la mitad en lo que a habitantes se refiere y en el que más de mil millones pasan hambre. Esto no es demagogia, es un dato, un hecho, y esto, en buena parte, nos condena.

Paso a la tercera parte de mi exposición. Hemos visto que la extrema derecha, con su falso populismo, remite a una democracia sin sustancia y que ésta es la expresión de una ideología que, a su vez, pierde contenido. Esto me lleva a mi profesión —me gustaría que fuera también mi vocación— que es la filosofía moral. Y es que si la ideología languidece, tal vez sea porque escasea la fuerza moral. Es lo que voy a describir brevemente a continuación, para terminar. Dios me libre de vender moralina, de lanzar gritos a favor de una utopía más teológica que humana, o de pensar que poseo la llave o la palanca de Arquímedes para mejorar este mundo. En modo alguno. En cualquier caso, desearía retomar lo que dije brevemente al principio y para contraponer esas dos escuelas de moral. Me he referido a la división que hay que hacer cuando se habla de moral entre ética de los principios y ética de las consecuencias (o utilitarista). Pues bien, creo que el triunfo casi absoluto del utilitarismo, en la peor de sus versiones, está siendo muestra de decaimiento moral. La moral es fruto, sin duda, de la evolución, y en eso discuten, de manera enfervorizada y sumamente interesante los sociobiólogos actuales. Pero, en un determinado momento, somos nosotros los que damos el giro, o podemos

darlo, a esa evolución fractal, no teológica y, por lo tanto, ciega. Y es que con nosotros se da lo que entendemos por el reino del poder de la libertad. En este momento y en este reino, lo que es bueno o no lo es no sigue un orden puramente de supervivencia sino que entran en juego otros valores: los valores que creamos conquistar los seres humanos. Creo que, desgraciadamente, la eficacia, el éxito, el producir por el producir, la velocidad sin ritmo y la obtención competitiva de beneficios —o lo que es lo mismo, la supremacía de los medios sobre los fines— dominan en exceso nuestro mundo. Con ello no quiero decir que la eficacia y la competitividad no tengan su lugar, lo que subrayo es que lo que conseguimos tiene valor sólo en relación con cada uno de los individuos y su real autonomía. De ahí la necesidad de volver a reclamar una libertad no ya de consumidores sino plenamente humana, y ahí entran en juego los derechos. Por eso la protección de los derechos se convierte hoy en una de las tareas más urgentes desde el punto de vista sociopolítico. Existen muchas formas de resistir al poder con mayúscula, de delinear alternativas políticas, de rebelarse culturalmente contra la hipertrofia de la agresividad y de la violencia. En cualquier caso, la defensa firme de los derechos propios de la autonomía humana me parece una tarea esencial y me alegro mucho de que se haya tocado en este ciclo.

Algunos han hablado de que hay que ser demócratas fundamentalistas. Independientemente de que la expresión no me gusta, tampoco creo que el contenido sea el correcto. No hay que ser fundamentalista en nada; lo que hay que ser es radicalmente crítico y desobediente ante las normas que no sean el espejo de nuestra libertad. Yo creo que es así como se defienden los derechos, y después de modo práctico, concreto, puntual, cotidiano y directo. En este punto me vais a permitir una pequeña digresión. Me refería antes al intelectual crítico tipo Chomsky. ¿Dónde lo encontramos hoy si miramos a nuestro alrededor? Porque da la impresión de que eso también es ya un imposible, y es que ni siquiera la intelectualidad adorna ya al poder. Escribía el filósofo Hume que el que gobierna necesita rodearse de credibilidad y esta se la otorgan los teóricos. Es cierto que Chomsky, cuando habla de los intelectuales, se refiere a los que tienen voz pública, le da un sentido muy preciso. Yo debo matizar algo que me hace bastante gracia. Un colega mío dice que tiene un diccionario de filosofía y que en una de las voces de ese diccionario —la palabra *intelectual*— se remite a otra voz diciendo: «véase *imbécil*». Me parece un poco exagerado... Pero en la época en que vivimos, parece que el intelectual está de sobra, incluso el que da credibilidad. Ya no se necesitan ni siquiera adornos. El descaro suple. Si eso es así, la labor de una persona libre se ha vuelto sumamente difícil; hay muy pocos sitios para ejercer esa libertad sin censuras (o autocensuras) como hay muy pocos ecos, pocos medios, ni siquiera comprensión para quien de esta manera actúe. Sólo hay que echar un vistazo a lo que nos ocurre, mírese de nuevo alrededor. El desierto es grande, es tal vez el signo de los tiempos, el símbolo de una época que ha dimitido en exceso de los ideales.

Vuelvo a la moral. La he tomado como última causa de lo que, a través de la ideología, conduce a la extrema derecha y he dicho que el hiperutilitarismo está en la raíz

de que la democracia haga aguas. La extrema derecha se aprovecha de ello, y las ideologías se cobijan en lo que los medios de comunicación imponen. Me gustaría, para acabar, añadir alguna consideración más respecto a una ética que no se agota en las decisiones estratégicas, en los cálculos puramente racionales. Por interesantes que estos sean —y a mi como juego intelectual me gustan mucho—, además tienen su utilidad. Creo que una concepción de la moral que tenga en cuenta los derechos de todos y cada uno de los individuos no puede por menos que nutrirse de sentimientos morales. Cuando hablo de sentimientos morales no me refiero a las emociones —uno de nuestros males es remitir toda la sensación a lo inmediato, a lo efímero— ni a los sentimientos sin más. Me refiero, más bien, a esos sentimientos que componen la sustancia de la moral. Piénsese en la indignación ante una situación injusta, ése es un sentimiento moral referencial a los hechos y en el que interviene la inteligencia (como es obvio). Piénsese en la vergüenza que sentimos —o deberíamos sentir— cuando somos conscientes de que hemos obrado mal. No quisiera yo resucitar —como intentó hacer hace poco Kolakovsky— un sentimiento de culpa con raíces religiosas. Cuando hablo de sentimientos morales pienso en las relaciones recíprocas entre nosotros y los demás, en las relaciones internas, y no de meras mercancías entre nosotros y el resto del mundo. Esos sentimientos, al revés de las emociones, son modelables, están a nuestra disposición y somos, por tanto, responsables de ellos. Un mundo bajo en derechos reales es un mundo bajo en sentimientos morales y éstos, repito, no son gestos, etiquetas o actuaciones estilizantes —un mal bastante extendido en este país.

Los sentimientos morales son útiles, en la medida que no parten de una actitud *light*, y son suaves en cuanto enlazan con los otros, nos unen con el resto de los ciudadanos, nos indican que estamos en el mismo barco (dentro de él), con el mismo destino. Creo que sólo así crecen los derechos, y las instituciones tendrían que posibilitar (si no incitar) a que desarrolláramos los sentimientos en cuestión, y los grupos y movimientos que aspiran a un mundo más justo tendrían que hacer lo mismo. Sucede, sin embargo, que uno (o sea, yo) no espera mucho de las instituciones y tampoco le entusiasman los grupos tradicionales que nos dicen que han nacido para cambiar este mundo. Somos nosotros los que tenemos que desarrollar los sentimientos de pertenencia a una comunidad moral dentro de la cual la falta de respeto a los derechos se nos debería hacer insoportable.

En el recorrido que va de la extrema derecha a los sentimientos, nos hemos encontrado con la democracia, con las ideologías y con la moral. Escribió —quizás con ironía— Jorge Luís Borges que la moral es una ilusión. Si por *ilusión* se entiende *engaño* —que es como la utilizó Freud para referirse a la religión— estoy en completo desacuerdo con él. La moral, por el contrario, consiste en hacernos artistas de nosotros mismos. Más aún, la creación más excelente que puede realizar un ser humano es, precisamente, la de ser moral con los demás. A través de la moral, nos despegamos de la naturaleza, creamos el mundo de los humanos sin dejar de pertenecer a ella. Por usar la expresión de un naturalista como Aristóteles: nos divinizamos un tanto. La moral sí es una ilusión, pero en

un sentido muy distinto al de engaño. La ilusión se entiende como una *meta*, como júbilo ante lo que queremos realizar, como impulso que aunque se frustre, podría ser semilla y dar frutos. En este sentido, la moral tiene siempre un trozo, un fragmento, una pizca de utopía. Nada extraño, pues el paso de lo que es a lo que debe ser tiene algo de utopía. Conseguir que los derechos sean de todos, que no nos los robe la extrema derecha ni nadie es algo utópico, es una ilusión. Pero es una buena ilusión. Soy muy escéptico en lo que atañe a lograr un mundo pleno de derechos. Bertrand Russell se definió a sí mismo como un escéptico apasionado. Podríamos seguirle y afirmar que, a pesar de todas las dificultades y en contra de todos los pronósticos, hay que continuar con pasión promoviendo nuestros ideales aunque sólo sea, como dijo el clásico, «por si acaso».

Muchas gracias.